

Fernando Olivé: LA HERENCIA DE UN IMPERIO ROTO (*)

Explica el autor —embajador de España en retiro, colaborador del ministro Castiella— en las páginas que sirven de prólogo a su libro que el propósito que le ha animado a escribirlo no es otro que “tratar de aclarar las causas principales de la actual situación de España dentro de la comunidad internacional de naciones, para ver cómo podría mejorarse dicha situación en el futuro”. Para lograr tal mejoría —y he ahí la almendra de la tesis y, por lo mismo, el foco desde el que divisar su desarrollo— el camino no podía ser otro que proceder a la “previa identificación de los intereses vitales y constantes del Estado español”, para luego poner en práctica “una política consagrada exclusivamente a promover y defender esos intereses”. Lo que ocurre es que, entre nosotros, a diferencia de lo que acontece en Francia o Inglaterra, tal designio no es fácil de cumplir, al venir obstaculizado por una ejecutoria histórica bien compleja, marcada durante siglos por la defensa de la Cristiandad europea, en el período de la casa de Austria, y —hasta el primer tercio del siglo XIX y aun después— por la gran empresa americana.

En este sentido, no estamos en principio ante un libro de historia, aunque la lectura del índice o una primera ojeada así lo pudieran aparentar, sino ante una reflexión —construida desde la cuidadosa atención a nuestra historia— sobre la política exterior de España, con vocación de influir en el futuro. No es, pues, el libro de un historiador, sino el de un diplomático de amplia cultura. Entiendo, francamente, que el planteamiento es inteligente, más aún, imprescindible, para quien desee internarse en la jungla de las relaciones internacionales. Esto es lo importante, por lo que debemos felicitar al autor, al editor y aun felicitarnos todos los que descamos ser españoles conscientes.

(*) Fundación Cánovas del Castillo, Madrid, 1999, 366 págs.

Otra cosa, claro está, son las mil y una discrepancias que un libro de estas características ha de suscitar en el lector interesado y apasionado. Me limitaré a apuntar dos. Una de criterio y otra relativa al contenido. La primera tiene que ver con la valoración de los que llama imperio hispano-católico de los Austrias e imperio atlántico de los Borbones. Entiendo que cualesquiera que sean los perjuicios que nos produjera una política *contra mundum* como la emprendida por la casa de Austria, claro está, una vez derrotada, nuestra grandeza radica propiamente en tan hercúleo empeño. Además, en buena medida también nuestros males vienen de haberse alejado de algunos de esos senderos. Pero es que, como quiera que sea, hablar de imperio atlántico de los Borbones implica una cierta inexactitud, pues no es un imperio que forjara la dinastía francesa al trasplantarse a España, sino lo que quedó de un imperio preexistente, gobernado ahora por los nuevos reyes. Más aún, es propiamente la política borbónica la que determinará la divergencia de las Españas de las dos orillas del Atlántico. Una concepción como la habsbúrgica, convenientemente *aggiornada*, hubiera podido, en cambio, atajar esa perniciosa y creciente separación. En cuanto a la segunda, decepciona que el sabrosísimo recorrido se vaya haciendo por momentos menos moroso y el trazo más grueso conforme nos internamos en el todavía nuestro siglo. El ensayo prácticamente concluye con la guerra de España, apenas estirada hasta la fecha capital de 1953 (Concordato, Acuerdos con los Estados Unidos). Podemos pedir, pues, al embajador Olivici, que —con los abundosos pertrechos que exhibe en estas páginas— nos ofrezca un estudio que desbroce los años más cercanos.

MIGUEL AYUSO